

*Et sa parole d'or valait bien un miracle,
Lorsque sur la montagne il rendit cet oracle:
Héureux celui qui pleure.... ajoutons à cela:
Car il ne sera pas consolé! Tout est là:
La consolation ment, la douleur est vraie;
C'est le fromment de l'âme et l'autre en est
[l'ivraie.*

Cosnard.—Este Joseph Boulmier, distinguido y erudito, a saber a qué *United Fruit Company* de su tiempo y dominadora de Francia serviría, que, como veis, todo él se nos vuelve retórica, y el do'or se nos esfuma en galana oratoria. En cambio, Alexandre Cosnard, nacido en 1802 en la Falaise (de donde es señora marquesa titular, o lo era hasta hace poco, la real hembra Gloria Swanson), ése sí que conocía el dolor íntimamente y era incapaz de hacer retórica acerca de tamaña realidad; como el verdadero patriota no hará retórica del patriotismo. Muy niño quedó huérfano Cosnard. De hombre, a los cinco años de casado, que es cuando juzgo que el matrimonio comienza a ser dulce—ni apasionado ni amargo, sino que dulce y tranquilo,—perdió a la esposa que adoraba. Más tarde vió morir a sus dos hijos, y después a su hermano. Y así pudo escribir:

*Seul, sans aucun des miens, sans ma joyeuse
[escorte;
Sans le frère et la soeur, jeune et charmant souci;
Sans leur mère surtout.... La pauvre mère est
[morte,
Les deux enfants aussi....*

Se le había invitado a las bodas de una Margarita, y es de la poesía en que acepta la invitación de donde extracto las estrofas que cito. Lejos, muy lejos de él, ditirambizar el dolor; lejos, muy lejos de él, querer que todos sufran. Oid:

*Toi qui brilles cachée à la foule frivole,
D'un charme recueilli qui plaît à ma douleur,
Dont le nom gracieux, ton éloquent symbole,
Veut dire perle ou fleur!....*

*Aimez-vous, aimez-vous! et que, pour vos caresses,
L'aspect de mes chagrins ne soit point un effroi.
Aimez, ne craignez pas d'échanger vos tendresses,
D'être heureux devant moi!*

*Cet amour desolé qui m'opresse et m'inonde,
Des purs bonheurs d'autrui ne sait pas mur-
[murer....
Que je souffre pour vous, me amis, et qu'au monde
Je sois seul à pleurer!*

He ahí lo que yo llamo versos *versos*; los versos *sencillos* de Martí; y verdadera poesía del dolor. Me los había aprendido de memoria para recitárselos a mi primera novia. Nunca hubo oportunidad. Nunca estuvimos solos. Nunca me dejó hablarle. Y ese amor, apretado, oculto, se me hizo callo en el alma. Comprended, ¡por Dios! que no digo cosa vulgar. El día está húmedo y nublado y me duelen, como punzadas, los callos y mi primer amor. Os juro que por las dos cosas he llorado....

Persiles

Heredia, enero, 1931.

La política de Stimson en el Brasil

—De *La Nación*. Buenos Aires—

Después de haber estudiado durante tres semanas el desarrollo de la guerra civil brasileña, el secretario de Estado norteamericano anunció oficialmente que no se permitiría a los rebeldes que se abastecieran de armas y municiones en los Estados Unidos. En cambio, fueron ofrecidos al gobierno del Brasil todos los elementos que considerase necesarios para estrangular la revolución.

Dos días después de haber hecho Stimson su sensacional anuncio, la administración del Sr. Washington Luiz Pereira de Souza era derrocada. Jamás la cancillería norteamericana había exhibido tan poca previsión. Parece que los revolucionarios del Brasil aguardaron la declaración de Stimson para dar el golpe final y probar de esa manera que la ayuda de los Estados Unidos les era completamente innecesaria.

Sin tomar parte en las convulsiones políticas de la gran república sudamericana, hay que celebrar que las declaraciones que se hacen en Washington no tengan en Río la trascendencia que tienen en Nicaragua y Haití. En estas dos pequeñas repúblicas la actitud de Stimson habría aplastado a los rebeldes. En el Brasil, no. Allí los gobiernos apoyados por la Casa Blanca pueden caer. Y aunque no hay derecho para alegrarse por un derrumbamiento gubernamental, si lo hay para festejar que los destinos de aquel gran pueblo no dependan de la Casa Blanca.

Si el Presidente Pereira de Souza hubiera sometido a los rebeldes con los cañones y ametralladoras que le iban a ser enviados de los Estados Unidos, habría sido lógico que su sucesor, D. Julio Prestes, jamás olvidara la actitud benévola del secretario Stimson. En vista de este antecedente, lo natural habría sido que en todos los conflictos internacionales del Nuevo Mundo, la

República del Brasil quedase moralmente obligada a colocarse al lado de los Estados Unidos.

Con el triunfo de la revolución, todo ha cambiado. El futuro presidente de aquel país podrá ser bueno o malo, constructor o demoleedor, pero lo que está fuera de toda duda es que no le va a deber la presidencia a la Casa Blanca. No va a ser un Borno ni un Moncada, y, por lo mismo, tendrá que inspirar confianza y respeto.

Los pueblos ibero-americanos no se han encarrilado aún en la vía de las instituciones perfectas y de vez en cuando sufren tremendas sacudidas. Unas revoluciones abortan, otras triunfan. En la imposibilidad de impedir estas crisis, hay que desear que encarnen hasta donde sea posible la voluntad popular. Es decir que sólo triunfen aquellas revoluciones que se encuentran respaldadas por la opinión de la mayoría de los habitantes. Para conseguir eso, se hace indispensable que las potencias extranjeras no metan sus manos en las luchas civiles del Nuevo Mundo. Si los contendientes se encuentran en igualdad de circunstancias, lo lógico es que la victoria sea de aquel que consiga almacenar mayor fuerza y prestigio dentro de la propia nacionalidad.

Mas sí, por desgracia, los Estados Unidos dan dinero, armas y municiones a uno de los bandos y bloquean las actividades del otro, entonces el pueblo convulsionado deja de ser dueño de sus destinos. Si ese pueblo se encuentra colocado arriba del canal de Panamá, entonces el partido triunfante no será aquel que represente los ideales e intereses de la nacionalidad, sino el que cuente con el apoyo de la Casa Blanca. Todo el pueblo de Nicaragua puede ser partidario de

Sandino, pero como las sombras de Hoover y Stimson se proyectan detrás del general Moncada, claro está que el poder de éste es inmovible. En esta situación no triunfan las revoluciones porque sean buenas, ni fracasan porque sean malas: la clave del éxito y la explicación de la derrota se encuentran en la cancillería de los Estados Unidos.

Muy doloroso es que haya revolucionarios, pero más doloroso aun es que el éxito de esas revoluciones dependa de una cancillería extranjera. Si, cuando menos, los Estados Unidos adoptasen el principio de condenar a todas las insurrecciones y sostener a todos los gobiernos constituidos, los pueblos del Nuevo Mundo verían al coloso anglosajón en un plano superior por encima de todas las querellas intestinas de América. El que defiende una doctrina puede desearse en el error, pero su actitud siempre es digna y respetable.

Desgraciadamente, la cancillería norteamericana carece de doctrina. En ciertas ocasiones ayuda a los rebeldes y en otras contribuye a exterminarlos. Véase, por ejemplo, lo que ha pasado en México. El gobierno de los Estados Unidos vió con simpatía en 1910 el movimiento revolucionario de Francisco Madero, y luego, al año siguiente, miró con notoria hostilidad a la revolución que pretendió acaudillar el general don Bernardo Reyes. El Departamento de Estado apoyó en 1913 la rebelión encabezada por Venustiano Carranza, y luego, en 1923 y 1929, ese mismo departamento ayudó al gobierno de México a estrangular las revoluciones de Adolfo Huerta y González Escobar.

En vista de estos crueles antecedentes, no se han evitado en México las revoluciones, pero sí se ha llegado a la conclusión escéptica de que para que un movimiento armado triunfe se hace indispensable contar con la ayuda o, cuando menos, con la neutralidad benévola de los Estados Unidos. Arriba del canal de Panamá ya no hay revoluciones, buenas ni malas: hay, no más, revoluciones protegidas y revoluciones hostilizadas por el gobierno de Washington.

Es posible que Stimson, al anunciar oficialmente el embargo de las municiones para los enemigos del presidente Pereira de Souza, haya creído que era fácil hacer con el Brasil lo que se ha hecho con México y Centro América, con Cuba y Santo Domingo, con Panamá y Haití, pero el hecho de que los revolucionarios brasileños tumbaran al Gobierno casi en el momento en que los Estados Unidos le brindaban su simpatía, hace ver que este país aun no extiende su omnipotencia al hemisferio austral.

El fracaso de Stimson es consolador, porque tal vez convenza de que, para el futuro, es más conveniente y digno ser absolutamente neutral. Ya es tiempo de que se imponga la doctrina de que las consolidaciones gubernamentales y los derrumbamientos administrativos son cosas que deben regirse exclusivamente por las necesidades interiores de los pueblos.

No hay que celebrar el triunfo de la revolución brasileña, porque esa es una cuestión que sólo compete a los ciudadanos del Brasil. Pero sí hay que alegrarse de que Stimson no tenga la fuerza necesaria para galvanizar a los gobiernos en agonía. Y no debe interpretarse esta alegría como odio a los Estados Unidos. ¡No! La gran Unión americana debe ser vista con respeto y admiración, pero que no se meta en las revoluciones del Nuevo Mundo, ni para ayudarlas, ni para combatir las; que no derroque a los gobiernos constituidos, pero que tampoco los sostenga. Los destinos de los pueblos iberoamericanos deben depender de ellos mismos.

Nemesio García Naranjo